



La fe, la esperanza y la compasión

Por ENRIQUE GUARNER

EN «San Manuel, bueno, mártir», novela corta de don Miguel de Unamuno que fuera publicada en 1931, se nos plantea un caso de incredulidad en un sacerdote. La escena sucede en la aldea de Valverde de Lucena en Sanabria, donde un párroco de 37 años se ha dedicado por entero al cuidado de sus feligreses. Cultiva los campos con ellos, busca cobijar el ganado durante el invierno y regala a los pobres sus escasas pertenencias. A nadie rechaza y a todos perdona, porque es un confesor pleno de bondad y paciencia. Siempre está consciente de sus obligaciones, de tal manera que se puede decir que predica más con el ejemplo que con la palabra.

Pocos en Valverde de Lucena conocen la diferencia entre religiosidad y superstición, pero al ver la obra de San Manuel, lo veneran porque está libre de sermones o de amenazas con castigos.

La trama se complica con la llegada de Lázaro, quien regresa de América y trae consigo ideas liberales en las que surgen tópicos anticlericales. Sin embargo, Manuel aprende pronto a entenderlo y la conducta irreprochable del sacerdote hace que se establezca la simpatía y entablen diálogos espirituales. A las razones políticas y sociales de Lázaro, San Manuel opone su vida ejemplar y la

obediencia a los dogmas.

No obstante, la postura no funciona en el fondo de su alma y un día el párroco confiesa algo demoledor: su incredulidad en Dios. Ha vivido siempre con el secreto de que carece de fe y aunque busca la inmortalidad de sus feligreses, Manuel fallece ateo, teniendo que enterrarse en un féretro que estaba construido con seis tablones de nogal que para ese fin guardaba debajo de su cama.

Cabe por lo tanto que nos preguntemos: ¿Cuál es la razón de la existencia de la fe? La respuesta puede ser sencilla dado que a través de ella tenemos esperanzas y las expectativas con respecto al futuro quedan determinadas. La percepción y concepción del mundo cambia y se establece un concepto religioso-filosófico de la vida. La fe es una forma de creencia incondicional en la que cualquier refutación resulta ignorada. Sería como una adhesión a ciertos principios sin que haya la necesidad de prueba. Es por ello que San Manuel sufre la duda y cae en un demoledor ateísmo porque al preguntarse las razones de su conducta no obtiene la respuesta que su fe le daría.

El origen de la credulidad del ser humano parte indudablemente de la infancia. Cuando el niño nace, su posición es siempre omnipotente, puesto que a través de sus gestos y la palabra obtiene la atención de quienes le rodean. Pronto este dominio es proyectado hacia los padres, quienes satisfacen sus necesidades y fantasmas. El pequeño aprende que el cuidado y consistencia de los progenitores le dan confianza y con el proceso de identificación con sus ideas morales se adquiere la credibilidad.

Cuando los padres carecen de autoridad o muestran lagunas en cuanto a su posición ética surge la falta de fe en ellos.

La credulidad de tipo religioso es a veces ciega y entabla aspectos de incondicionalidad imposibles de rebatir y sin embargo, en las psicoterapias, frecuentemente nos encontramos con el problema de que la fe en lo que hacemos se asemeja a la que plantea una devoción también dogmática.

Para el psicoanalista Erik Erikson la confianza es el primer paso en el aprendizaje. Según este autor, el niño recién nacido cree en el mundo a través de la figura materna que lo nutre en el momento debido a que lo conforta cuando se encuentra inquieto. Esta correspondencia entre las necesidades y su satisfacción establecen la confianza básica en relación con la fe que se va a tener en el futuro. Sin embargo, Erikson piensa también que la desconfianza es un mecanismo esencial porque permite la crítica y el entendimiento de lo negativo de las cosas. En otras palabras, estas dos formas de pensar son el fundamento para comprender lo que podemos esperar del universo que nos rodea.

La esperanza

Podría afirmarse que la esperanza es una de las mayores fuerzas que esgrime el ser humano y que no fue inventada por los teólogos o filósofos, sino que ellos la adaptaron a su uso para darle poder a las religiones. Es tal vez por ello que el estado de ánimo a través del cual se nos presenta como posible aquello que deseamos, ha tenido grandes detractores. Shakespeare afirmaba que: «el miserable no tiene otra medicina que la esperanza». Nietzsche decía: «La esperanza es el peor de los demonios, porque prolonga los tormentos del hombre».

En los círculos científicos se tiende a excluir la palabra porque al utilizarla se pierde el juicio objetivo y se cae en el pensamiento idealista apasionado. Sin embargo, casi todo el conocimiento se basa en trabajar con hipótesis conscientes o inconscientes, que preceden a la demostración de hechos, los cuales se relacionan entre sí. Martín Lutero tenía cierta razón al decir que: «Todo lo que se ha realizado en el mundo se ha fortalecido con un grado de esperanza».

La misma psicología que en un principio era una ciencia estática y descriptiva cambió con la idea del deseo que fue central en el Psicoanálisis de Freud, René Spitz demostró en 1950 que el niño sin expectativas de amor o carente de estímulos puede incluso morir. Podríamos por lo tanto afirmar que la esperanza es un afecto que se transmite de padres e hijos como una fuerza que fundamenta la existencia.

En general, se diría que la expectativa, anticipación o perspectiva de alcanzar a un objeto de mayor placer que el obtenerlo. Es decir, que la preparación hacia un evento puede ser tan vívida que provoca mayor satisfacción que el triunfo o la victoria. La ilusión es casi siempre mejor que la realidad. Tal vez por ello, Sigmund Freud al in-

terpretar los sueños nunca ignoró que la mayoría de los deseos, no se llevan a cabo, aunque resulten formulaciones esenciales para conocer la mente del soñante.

La vida humana se plantea en dos mundos, uno formado por la realidad externa y el otro constituido por la interna, elementos que rara vez se reconcilian. Los adultos que no abandonamos los deseos infantiles vivimos el caos de la esquizofrenia, porque la medida de la madurez depende de la adaptación y de que solamente realicemos aquellas esperanzas que se aceptan como posibles.

La compasión

En «Misericordia», novela de Pérez Galdós publicada en 1887 se nos presenta el caso de una compasión de carácter patológico cuando la criada Benigna gasta sus propios ahorros y hasta mendiga para mantener a la manirrota doña Francisca Juárez viuda de Zapata. La bondad de la sirvienta no se reduce a su antigua patrona sino que realiza toda tipo de caridades con las personas que las necesitan. La mendicidad de Benigna lleva a Galdós a hacer un profundo estudio de los bajafondos de Madrid y de aquellas personas que explotan la piedad de los demás a las puertas de las iglesias. Sin embargo, cuando doña Francisca recupera a través de una herencia su posición perdida se avergüenza de Benigna y la abandona a su suerte.

La emoción de la compasión ha sido desarrollada a lo largo de los siglos como resultado de la evolución de la civilización y por ello tanto los animales como los niños no sienten nunca piedad.

He dicho en otros artículos que el sentimiento de amor y gratitud aparece como respuesta al cariño y cuidados que recibimos de la madre. Aún en las criaturas más pequeñas podemos observar una preocupación e interés por aquellos que los aman y dependencia de la ayuda y protección que obtengan. Debo agregar que siempre coexisten el amor y el odio, de tal manera que este último provoca la culpa y una necesidad de hacer sacrificios hacia quienes en la fantasía hayamos dañado a través de nuestros impulsos destructivos.

En la vida adulta podemos, como en el caso de Benigna, mostrar compasión al ponernos en el lugar de Francisca. En otras palabras, ella se identifica con su antigua patrona a la que protege en forma maternal. Podría afirmarse que por culpa sacrifica sus propias fantasías con tal de unirse a esta mujer egoísta. Cabría agregarse que se comporta con aquella como le hubiera gustado que se condujeran con ella anteriormente. No obstante, no puede separar un componente agresivo de venganza contra los padres de Benigna.

La reparación o restitución a través de la compasión juega un papel esencial en las relaciones humanas, porque la compasión lleva una connotación agresiva además de su fundamentación religiosa. En resumen, la misericordia nace de una necesidad de detener el impulso hacia la crueldad que existe permanentemente en el hombre.